

Los Guillemos del Romanticismo

Si se mira atentamente el curso de la Poesía Chilena, se descubrirán circunstancias que le conceden una rica sustentación mágica, como si fuese eslabonada por una suerte de enlaces maravillosos: ¿no es de asombro que los poetas románticos chilenos naciesen en 1829, llamándose ambos con el bizarro Guillermo? Guillermo Blest Gana fue santiaguino; de Copiapó, Guillermo Matta. Pero uno y otro coincidieron en acatar las leyes del corazón. Dijo Blest: "Sólo en mi corazón la noche impera"; Mata: "Sentí de pena, el corazón liviano".

Cuando Sarmiento tiraba la oreja de nuestros primeros escritores desnudándoles su orfandad de ideas y su empecinada obediencia a las formas, los Guillemos, de trece años, iniciaban sus estudios en el Instituto Nacional. No demoraron en sentir los vértigos de la política y la sirvieron, leales al ideal que los colmaba. Blest prestó al país las atenciones que se le pidieron dentro y fuera de la república; Matta no rechazó los riesgos y hasta fue condenado a muerte, por la pasión de su credo.

Pero, a pesar de esta semejante turbulencia política de su ánimo en el campo de la creación, cabe una distinción entre ellos: Blest diferenció sus quehaceres y no se dejó arrastrar por los

acentos tribunicios que definirían a Matta. Permaneció en el culto de una poesía sin ninguna relación con la vida cívica. Lo que Borges ha señalado para sí: "El arte de crear es una cosa y la ética es otra". Matta penetró al centro del combate. Armando Donoso destacaba su papel de iniciador de nuestra poesía sociológica, preocupado de la justicia y comprometido con el amor americano.

Blest Gana —cuentan por ahí— carecía de alientos matemáticos, al punto de "sacar cuentas con los dedos". ¿Importa esta miseria a los poetas? Basta que sepan contar las once sílabas de un soneto. Blest fue habilísimo en la construcción de sus endecasílabos, alcanzando la gloria de algunos sonetos perdurables.



Para Matta hubo una diosa: la Razón sublime. Su fuego ideológico quemó altares y su canto los rehizo para que allí reinasen los fueros del raciocinio:

Enlacen sus almas los hombres que duden.

En un soneto, *Paisaje nocturno*, alcanza Matta su más intensa vibración lírica, uniendo en maridaje el poder de la luna con los "países que imaginan los poetas".

El sesquicentenario de sus nacimientos es, por virtud de sus obras, el del romanticismo chileno. Las consignas románticas traídas a Buenos Aires por Esteban Echeverría, en 1830, después de sus cuatro años en Francia, pasaron a Chile, a mula, en lucha en los Andes, dentro de las alforjas de los grandes emigrados argentinos, de Rosas, Sarmiento y Vicente Fidel López. López, con su artículo de 4 de mayo de 1842, abrió la Polémica del Romanticismo, en cuya disputa Sarmiento nos estremeció, con su crítica, obligándonos a henchir la frente, con ideas y no calcos.

El irreductible a las nuevas luces románticas fue Jotabeché: estimaba que ser romántico se reducía a la simpleza de "abrir la boca, echar tajos y reveces contra la aristocracia poner en las estrellas la democracia", tuteándose con Dumas y Hugo, codeándose con Larra. Sarmiento le disparó una palabra áspera: "¡6 Viriato!", obligándolo al silencio. Lastarria sonrió al punto final de esta lid: se terminaba con las palabras de laboratorio, para que ganasen cuerpo las palabras de la creación viva.